

LA FE SE FORTALECE DÁNDOLA

CARTA PASTORAL EN EL INICIO DEL PLAN DIOCESANO DE PASTORAL 2007 – 2010

Mis queridos Hermanos y Amigos todos:

A lo largo de las últimas semanas, casi meses, he ido tomando notas y orando reflexiones pequeñas que pensaba podían ser útiles para animar el principio del Curso Pastoral. Éste se presenta con un interés especial: iniciamos Plan Diocesano de Pastoral, proyecto de trabajo, cuaderno de ruta. Les escribo tratando de poner en sus corazones lo que antes ha ido pasando por el mío, abierto en actitud de escucha a lo que el Señor quiere regalarnos para caminar juntos como creyentes y como testigos, como discípulos y como misioneros. Y todo ello después de una larga etapa de escucha de voces y ecos de muchos creyentes de nuestra Iglesia Diocesana.

He vivido la fiesta de nuestra Patrona, Nuestra Señora del Pino, como un verdadero acto de Apertura del Curso. Veía a toda la Diócesis en los fieles congregados alrededor de la Virgen en Teror. Y he repetido la experiencia en la plaza de Vega de Río Palma de Fuerteventura, y en Mancha Blanca de Lanzarote. Repasé ante nuestra Madre las notas que había ido escribiendo y vi en Ella misma el signo luminoso que podía llevarnos de la mano en la tarea que emprendemos. Así la presenté en las homilias de las tres Fiestas Patronales. María es la **creyente** perfecta, la **testigo** que canta la fidelidad de Dios; la **discípula** que escucha la palabra de su Hijo, la **misionera** que anuncia con alegría la grandeza del que llena su corazón y su vida.

PUNTO DE PARTIDA: LA TAREA DE LA TRANSMISIÓN DE LA FE.

Desde hace muchos meses empezamos a hablar de la TRANSMISIÓN DE LA FE como el tema central del Plan Diocesano de Pastoral que pretendíamos configurar juntos. Y llevamos el tema al diálogo de los distintos encuentros, y al debate de los Consejos Diocesanos. Abrimos preguntas y pedimos respuestas, aportaciones que sirvieran para dar forma al Proyecto. Entre las muchas que se han hecho destacó desde el principio una realmente importante. No tenía un solo autor, sino que fueron varios, personas o grupos, los que coincidieron, aun con distintas formulaciones. Se indicaba que estaba muy bien proponer como tema central la TRANSMISIÓN DE LA FE, pero habría que pensar que esa transmisión era en realidad un paso segundo. Antes de transmitir hay que vivir, fortalecer, experimentar, consolidar, la fe que pensamos transmitir y que en comunidad nos decidimos a transmitir. De otra forma nos podíamos encontrar con que no transmitíamos nada, o que nuestra transmisión estaba desorientada, o que era defectuosa o incoherente o parcial. Es más -se decía-, podíamos hasta equivocarnos el análisis, viendo como dificultades o problemas en la transmisión lo que en realidad eran dificultades o problemas de la *vivencia de la fe*.

Recordé que el Siervo de Dios Juan Pablo II, en su Encíclica sobre la Misión de 1990¹, *Redemptoris Missio*, trataba un problema muy implicado con esta relación Vivencia-Transmisión. Desde los primeros párrafos de la Encíclica hace el Santo Padre la constatación de que, aunque estemos en una nueva primavera del cristianismo, no se puede ocultar una tendencia negativa: *‘la misión ad gentes parece que se va parando’* y este hecho *‘debe preocupar a todos los creyentes en Cristo. En efecto, en la historia de la Iglesia, este impulso misionero ha sido siempre signo de vitalidad, así como su disminución es signo de una crisis de fe’*... *‘El presente Documento -la Redemptoris Missio- se propone una finalidad interna: la renovación de la fe y de la vida cristiana. En efecto, la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡LA FE SE FORTALECE DÁNDOLA!’* (RM, 2).

La idea me parece muy clarificadora para nuestra situación actual. Está bien planteado que nos propongamos decididamente la tarea de transmitir la fe, pero hemos de ser conscientes de que *‘la misión renueva la Iglesia’*. La misión es signo de vitalidad, pero al mismo tiempo la vitalidad de la Iglesia queda fortalecida cuando se abre a la misión. Las dos realidades son inseparables y son interdependientes.

Los planteamientos iniciales de la consulta que hicimos a la Diócesis y mi Meditación Pastoral del año pasado *‘Les hablo de Jesús Nazareno’* prácticamente unían en un solo tema la vivencia y la transmisión de la fe. Más aún, presentaban la transmisión de la fe como parte de la misma vivencia y manifestación de esa vivencia. Precisamente cuando no es así, cuando no es manifestación de una vivencia personal es cuando se reduce a una operación de *marketing*, que tiene los problemas del marketing, y se pretende tratar sólo con las técnicas de dinámica de grupos o dinámica de ventas. Transmitir la fe no es *‘vender Evangelio’*, enseñar o memorizar preguntas del Catecismo, sino contagiar una experiencia, comunicar, ofrecer, hacer la propuesta de un convencimiento que consiste ante todo en un encuentro y una vinculación personal con el Señor Resucitado. No somos nosotros quienes le hemos encontrado, sino que es Él quien nos ha salido al encuentro; y la gracia de este encuentro ha cambiado y sigue cambiando nuestras vidas, en criterios, en sentimientos, en opciones, en comportamientos, en alegría y en esperanza.

El centro de aquella Meditación, después de un repaso a las dificultades que experimentamos en todos los campos, consistía en una reflexión sobre la experiencia de Pedro. Casi al final concluía:

“Es necesario que planteemos el tema del ‘encuentro personal’ con Cristo en la vida de los cristianos. Muchos, demasiados, no han vivido de ninguna forma este ‘encuentro personal’. Otros, quizás muchos, sienten que les han quitado el Señor o viven como si se lo hubieran quitado y no supiesen dónde encontrarlo. Su relación con el cristianismo es relación con doctrinas, normas, preceptos y ceremonias. Pero el alma de todas estas cosas, lo que

¹ Ciertamente habría que repasar esta Encíclica en el contexto del tema que va a centrar el Plan Diocesano de Pastoral. En el fondo los temas pendientes que tenemos afectan al juego entre el vigor de la vida cristiana y el impulso misionero.

les da sentido es el conocimiento, el amor y el seguimiento de Cristo. Espontáneamente se va la memoria a las hermosas conclusiones que Juan Pablo II nos invitó a sacar del Año Jubilar 2000: *El encuentro con Cristo es la herencia del Gran Jubileo. Hay un rostro para contemplar, el suyo, y un camino para recorrer desde esa contemplación, para ser Testigos del Amor. Es el resumen y el esquema de su Carta Novo Millennio Ineunte (2001)*”.

El contenido del Mensaje Pascual de este año 2007 lo dediqué precisamente a este tema. María Magdalena, que *'ha perdido al Señor y no sabe dónde lo han puesto'*, sólo va a anunciar, a transmitir la fe -fue la primera en hacerlo-, cuando ha escuchado su nombre propio de labios del Señor Resucitado: ¡*María!*; y le ha respondido desde su propio corazón: ¡*Maestro!* Sólo entonces *“fue y anunció a los discípulos: He visto al Señor y ha dicho esto”* (Juan 20, 18). Encuentro inicial, vivencia personal, integración en la comunidad de los discípulos, transmisión del convencimiento personal y comunitario, son aspectos o momentos de un proceso que no podemos fragmentar, ni en su tratamiento teórico, ni en su aplicación pastoral más inmediata.

Sólo desde este encuentro personal, desde la amistad cuidada con el Señor Jesús, se produce la verdadera transmisión de la Fe. Necesitamos profundizar en esta sencilla afirmación, y repasar cómo el encuentro personal se va desplegando en las distintas dimensiones de la fe, que terminan por abarcar las distintas dimensiones de la personalidad creyente: el conocer, el amar, el vivir, el orar, el celebrar, el convivir en comunidad, el anunciar lo descubierto y lo vivido.

Recurrimos una vez más al precioso libro de los Hechos de los Apóstoles. Es muy importante percibir que Pedro termina abriendo las puertas del Cenáculo, y con ese gesto se abre el gran proceso de la misión que llevará el Evangelio desde Jerusalén a Roma. El salto no es sólo cuantitativo, cuestión de distancias. Las etapas que marca el Señor Jesús el día de la Ascensión no son meras etapas geográficas: *‘Seréis mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra’* (Hechos 1, 8). El recorrido y las etapas tienen una trascendencia cualitativa. La misión no es cuestión de número de kilómetros recorridos o de ciudades visitadas. Jerusalén es la capital del mundo judío; en ella ha muerto y ha resucitado el Señor. Roma es la capital del imperio, y en las coordenadas mentales de aquel momento, la capital del mundo. Que el Evangelio llegue a Roma significa que se ha abandonado la limitación al pueblo judío y se ha entregado el Evangelio también a los gentiles. Significa que éstos lo han aceptado. Significa que se ha descubierto que no hay que hacerse judío previamente. Judea y Samaría, las fases previas, representan las dos mitades de un pueblo dividido desde siglos atrás. El Evangelio no sólo se extiende, llena distancias, sino que aglutina, congrega, une, va conformando una familia, una ciudad y una sociedad nuevas.

Pero hay un dato sorprendente, que el libro de los Hechos y la Teología de Lucas, su autor, nos muestran. Todas estas transformaciones, y muchas más pequeñas incluidas en ellas, no forman parte de un programa que esté presente en la mente y en el corazón de Pedro y de los demás Apóstoles desde el primer momento en que *‘han recibido la fuerza de lo alto’*, el Espíritu, antes de abrir las puertas del

Cenáculo. El Espíritu que les ha abierto las puertas del Cenáculo les ha acompañado continuamente, ha tenido que abrir también y antes las puertas del corazón de Pedro para que acepte a Cornelio y vaya a su casa; y las puertas del corazón de Pablo para pasar de perseguidor a evangelizador; para que ya no vea esclavos y libres, judíos y griegos, hombre y mujer, sino hijos y hermanos. Ha tenido que abrir también las puertas de Europa cuando el Evangelio, porque así lo dice el Espíritu, salta el antiguo Helesponto, y se planta en Macedonia... Y tantas y tantas puertas que el Espíritu abrirá o derribará, para que la Palabra llegue a todas partes.

Los primeros testigos han comprobado, precisamente al abrir las puertas del Cenáculo y salir a la calle, que no estaban totalmente identificados con Jesús, que no eran muy buenos creyentes, ni estaban dispuestos al tipo de comunión que El había venido a traer. Esperaban la salvación de cumplimientos personales, y confiaban hacer previamente judío a todo el mundo para que pudieran ser después seguidores de Cristo el Señor. Por la acción del Espíritu han debido descubrir, en la intemperie de la misión, que *"nos salvamos por la gracia del Señor Jesús"* (Hechos 15, 11), y que a los de fuera *"Dios les ha concedido el mismo don que a nosotros"* (Hechos 11, 17). El Maestro lo había anunciado: *"El Defensor, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho"* (Juan 14, 25). Ha sido precisamente el situarse en la Misión lo que les ha permitido comprobar y percibir su debilidad y la fuerza de la gracia del Señor.

LA MISIÓN JUZGA LA IDENTIDAD Y JUZGA LA COMUNIÓN.

La tarea de la transmisión de la fe juzga nuestra identidad de creyentes y juzga nuestro deseo de crear una sola familia. La experiencia de los primeros testigos es de una actualidad y una proximidad evidentes. El Espíritu nos enseña que la Misión es anuncio de Jesucristo como Salvador, es comunicación de una experiencia que nos ha transformado, nos ha salvado, no nuestras propias ideas o maneras de ver las cosas, que creemos conseguidas con nuestra reflexión y esfuerzo. El Espíritu nos enseña que la Misión no es hacer a los demás como soy yo (los paganos, primero deben hacerse judíos). Yo no soy la medida de la vida, ni la norma del comportamiento. Hay un solo Señor. De aquí la necesidad de valorar y contrastar constantemente el Evangelio que anunciamos y la comunión que construimos. Contrastar con los Apóstoles para no correr en vano, contrastar con la Iglesia toda, porque la Misión no es mía, la misión es co-misión. La Comunión no es mía, es común-uniión o *commune munus*.

LA MISIÓN FORTALECE LA IDENTIDAD Y CONSTRUYE LA COMUNIÓN.

Si la misión no es asunto de francotiradores aislados, no procede de impulsos individualistas, tampoco alcanza su objetivo creando creyentes aislados que viven su fe por su cuenta. San Juan nos lo recuerda con toda nitidez: *'Os anunciamos lo que*

hemos oído, lo que hemos visto, lo que han tocado nuestras manos, para que estéis en comunión con nosotros'. El anuncio hace hermanos de la propia familia. Aceptar y acoger en la fe el mensaje de los primeros testigos lleva consigo la incorporación al '*nosotros*' de los testigos. Y ese '*nosotros*' de los que anuncian lo visto y lo vivido es mucho más que la mera agregación física de los creyentes. No es un asunto banal, sin trascendencia, puramente anecdótico el hecho de la '*comunión*' con ese '*nosotros*' que anuncia lo vivido. "*Esta comunión nuestra es comunión con el Padre y con su Hijo Jesús el Cristo*" (1 Juan 1, 1-3).

La respuesta al primer anuncio cristiano, las palabras de Pedro y los Once ante las puertas recién abiertas del Cenáculo, no se resolvió en un número de convertidos sin más: "*Los que aceptaron sus palabras se bautizaron. Y aquel día se les agregaron unos tres mil*" (Hechos 1, 41). A ese '*nosotros*' que forman los Apóstoles estrenando tarea, se unen, se agregan, los que han aceptado la Palabra que anuncian. La respuesta a la Palabra recibida, acogida, no produce creyentes aislados, sino miembros de comunidad, entrañados en el '*nosotros*' que configura la comunión eclesial. La Misión no es obra de francotiradores, y no produce francotiradores o marginales.

La misión no es la disolución de la comunión en la distancia y lejanía de los caminos, sino precisamente todo lo contrario, la construcción de la comunión para que todos los caminos encuentren su meta en la casa del Padre de todos. El libro del Génesis se abre con una sección muy particular, los primeros 11 capítulos, en los que se nos anuncia cómo todo ha salido de las manos de Dios para que fuera la casa de una sola familia de hermanos, y cómo el hombre ha conseguido que la Humanidad fuera una confusión de enemigos, sin posibilidad de entendimiento. La Sagrada Escritura se cierra con la visión de la nueva Jerusalén, una ciudad con una muralla grande y alta, con doce puertas: tres al oriente, tres al norte, tres al mediodía y tres al occidente (cf. Apocalipsis 21, 12-13).

LA MISIÓN RENUEVA LA IDENTIDAD Y ABRE LA COMUNIÓN.

Jesús, antes de despedirse de sus discípulos, un despedirse que anuncia e incluye su presencia para siempre hasta el fin de la historia, les da el mandato misionero: "*Id y haced discípulos de todos los pueblos*" (Mat 28, 19). El Evangelio de Mateo, que nos relata este mandato, es el evangelio escrito para judíos, con todas las categorías mentales de los judíos, y para manifestar constantemente con todas las citas necesarias que Jesús es el Cristo en quien se cumplen las viejas Escrituras, abriéndose a su plenitud en la catolicidad sin límites.

El fundamento de la misión está, obviamente, en ese mandato misionero del Dios con nosotros, Emmanuel. Pero, junto a este mandato misionero del Señor Jesús, el Decreto *Ad Gentes* del Concilio Vaticano II, que trata de la actividad misionera de la Iglesia, menciona el impulso interior del Espíritu Santo: El Espíritu Santo "*vivifica casi como un alma a las instituciones eclesásticas y derrama en el corazón de los fieles el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo*". (AG 4). "*De*

*ahí proviene el deber de la Iglesia de propagar la fe y la salvación de Cristo, no sólo en virtud del mandato expreso que ha heredado de los Apóstoles..., sino también en virtud de la vida que Cristo infunde a sus miembros "de quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se fortalece en la caridad" (Ef., 4,16). La misión, pues, de la Iglesia se cumple por la actividad con la que, **obediente al mandato de Cristo y movida por la gracia y la caridad del Espíritu Santo**, se hace presente en acto pleno a todos los hombres o pueblos para conducirlos a la fe, la libertad y a la paz de Cristo,... para la plena participación del misterio de Cristo" (AG 5). La Palabra y el Espíritu, el Espíritu y la Palabra. Los primeros protagonistas y los constantes protagonistas. Los únicos que realmente construyen constantemente la Comunión y, ensanchándola por la Misión, nos llevan al abrazo de Dios Padre.*

En la falta de dinamismo misionero de algunos o muchos cristianos, en la falta de coraje evangelizador de algunas o muchas comunidades, en nuestros miedos e indecisiones, lo que está en juego, lo que se pone en evidencia puede ser simplemente la falta de convencimiento, de autenticidad, de vitalidad cristiana... la falta de Espíritu. Es cierto que las dificultades para la misión son crecientes, y la indiferencia religiosa crece sin detenerse, pero si no anunciamos a Cristo puede ser simple y llanamente porque no lo hemos encontrado, o porque Cristo está poco presente en nuestras vidas, en nuestras convicciones más profundas, en nuestros criterios y en nuestros comportamientos. Es el mismo Espíritu el que llena con su gracia y caridad el corazón de los creyentes, el que unifica a la Iglesia en la comunión, el que derrama sobre ella el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo. Vitalidad o identidad cristiana, comunión eclesial e impulso misionero van siempre de la mano, pues son el don y el signo de la acción del mismo y único Espíritu.

Cuando la Iglesia descuida la **Misión** se encuentra con su propia **Comunión** empobrecida, y ella misma desnaturalizada en su misma **Identidad** de sacramento, "signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1). Pero cuando se decide a salir a la calle descubre que es el encuentro con Cristo el que le da su Identidad más nítida y más beneficiosa para todos; descubre que es la Comunión del Dios vivo la que hace explotar sus propias estrecheces.

¡MADRE, FELICIDADES POR SER CREYENTE!

La Festividad de nuestra Patrona, la Virgen del Pino, se celebra el 8 de Septiembre, Fiesta de la Natividad de nuestra Señora. Es el cumpleaños de la Madre lo que congrega a los Hijos para felicitarla... y para traerle nuestros regalos. Era hermoso en la víspera ver que los regalos que traíamos a la Madre eran atenciones para con sus hijos menos favorecidos: los hijos felicitan a la Madre obsequiando a los hermanos, la hacen sonreír al ver sonreír a los hermanos ayudados. Insistí en que, además, cada uno de nosotros le dejara a la Madre algo personal, algo que

afectara a nuestra vida: un propósito, un cambio de actitud, una reconciliación, un compromiso de generosidad familiar...

Repasamos para felicitar a la Madre las palabras de Isabel: *¡Dichosa tú porque has creído!* ¡Madre, Felicidades por ser creyente! Necesitamos escuchar personalmente estas palabras de felicitación como dirigidas a nosotros. A muchos, a muchísimos cristianos podemos aplicarles las palabras de Isabel: ¡Felicidades por ser creyentes! Se les nota el gozo de serlo, se ve la fuente de su alegría en su amistad con el Dios de los pequeños, son casas habitadas por el Señor de la Vida, no mansiones huecas llenas de ecos impersonales; se les advierte felices valorando la manera creyente de vivir la familia, el trabajo, el encuentro social, el interés por los necesitados. Pero a esta cara no le falta su cruz y su sombra. No faltan en muchos dudas, perplejidades e indecisiones, hay demasiados miedos. Demasiadas rutinas y superficialidades. Demasiadas distancias entre lo que se dice creer y lo que se practica. Demasiadas lejanías de lo que se afirma oficialmente, demasiada fe selectiva y moral a la carta de cada uno.

Desde la figura de María, nuestra Madre, como creyente invito a toda la Diócesis a acoger con entusiasmo el Plan Diocesano de Pastoral que iniciamos con este Curso. Nos ponemos a la escuela de María como pequeños discípulos para dejarnos llevar de su mano. Que con Ella y con su intercesión aprendamos a caminar como creyentes, llenos de felicidad por serlo. Que aprendamos a acoger a Cristo, a rezar, a servir, a escuchar su palabra y llevarla a la práctica, a llevar a Cristo a todos como fuente de luz y de alegría, a llevar la cruz y acompañar a los que la llevan, a vivir en Iglesia sabiendo que es calor de hogar y fuente del Espíritu que une y envía.

Con el lema del Plan Diocesano de Pastoral queremos expresar esa doble tarea que nos proponemos acentuar en estos próximos años: Vivir la fe que transmitimos; transmitir la fe que vivimos. CREYENTES EN CRISTO PARA SER SUS TESTIGOS.

La misma celebración de las Fiestas Patronales de la Virgen, como tantas Fiestas de Parroquias, Barrios y Ciudades, plantea en la práctica el tema que quisiéramos afrontar. Los Medios prestan mucha atención a este tipo de noticias, y rivalizan en acertar en el número de los participantes en las fiestas, romerías y ofrendas. No se trata de afinar en el cálculo, es indiscutible que encontramos mucha gente, en algunos momentos verdaderas ‘multitudes’. Y encontramos a muchas Autoridades de todos los ámbitos y de todas las formaciones políticas, que participan desde su personal opción creyente, o desde la representación democrática que ostentan de un pueblo que es creyente.

Con toda paz, y hablando para los creyentes, me planteé y me planteo la cuestión. Una de dos: O España no es tan laica como dicen, o todo lo que vivimos en las Fiestas Patronales no es más que pura apariencia, que deberíamos. Creo muy sinceramente que ninguna de las dos cosas, y las dos: España es más creyente de lo que algunos nos quieren hacer creer, pero debemos interpelarnos todos para buscar lo AUTÉNTICO, para ser en verdad lo que somos, para que *no sea una farsa nuestra caridad, ni nuestra actividad sea descuidada* (Rom 12, 9.11).

Siendo éste a mi juicio el objetivo fundamental: buscar lo auténtico, creo que debemos afrontar también un diálogo sereno y constructivo sobre la laicidad y el laicismo, tema tan traído y llevado en los ámbitos de la opinión pública y publicada. Adelanto alguna noción esquemática, sin prescindir de elementos valorativos.

Básicamente se distingue hoy, incluso en ambientes tan familiarizados con la laicidad como la sociedad francesa, entre laicismo y laicidad. La distinción no califica o clasifica a los partidos políticos, pues en todas las opciones hay creyentes, y en todas las opciones se dan estas formas de laicismo y laicidad, o, según otros, estas formas de laicismo:

a) el laicismo activista, beligerante, y en los casos extremos anticlerical. Le niega el pan y la sal a todo el que pretenda aparecer públicamente con un signo, una palabra, un mensaje, una opinión inspirada en la fe. Las opciones creyentes y sus manifestaciones -dicen- son para la vida privada. Se confunde privado con personal. Las opciones creyentes -hay que responder- son personales, y se tiene derecho a vivirlas en privado y en público, individual y colectivamente.

b) el laicismo moderno y democrático (otros lo llaman simplemente laicidad), que respeta las opciones personales, e incluso es consciente de que la autoridad pública tiene el deber de garantizar ese respeto público, respetar e incluso garantizar el ejercicio libre de las actividades religiosas en privado y en público, individual y colectivamente.

MARÍA, MODELO DE CREYENTE

En la respuesta de María a Isabel, en las palabras de María que recogen los Evangelios, en sus silencios, se nos dibuja la imagen de la creyente modelo en muchos trazos que tendremos que repasar una y mil veces.

1.- Se ha **encontrado** con Dios. Dios la ha buscado y la ha encontrado, sorprendida y acogedora. Asustada por la grandeza de la presencia, preguntando al Altísimo lo que no ve desde su pequeñez, dócil en su inquietud, contenta con Dios porque lo está viendo actuar de cerca. María tiene algo que contar, mucho que contar, porque ha acogido a Dios en su vida, y está feliz por ello. *‘Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador. El Poderoso ha hecho obras grandes por mí’*.

El creyente tiene una historia personal que empieza en un encuentro y sigue en una amistad. Puede contar lo que Dios le ha hecho y la humilde confianza que llena su corazón de paz y decisión.

2.- Se **identifica** con Él, con su manera de ver las cosas, con su modo de valorar situaciones, personas, ideales. María sabe que Dios es misericordioso y fiel, esas dos expresiones tan unidas y tan presentes en la palabra de la Escritura para hablar de Dios. María sabe que Dios pone sus ojos en los pequeños, enaltece a los humildes y calma a los hambrientos. Identificada con Dios, **acepta su encargo**:

acoger en su corazón y en su vientre la Palabra, darle su Carne, y entregarla al mundo. *‘He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra’.*

3.- **Lo dice** a los demás, lo canta: su amistad, las obras de su Dios y su identificación con Él. *‘Proclama mi alma la grandeza del Señor...Desde ahora todos me felicitarán’.* Transmitir la fe no es más que saber cantar el *Magnificat*, con las palabras, pero sobre todo con el testimonio de la vida. Todo en la vida de nuestra Madre es referencia al Hijo y palabra sobre el Hijo. En las Bodas de Caná lo señala como al que hay que escuchar; en la fiesta de la vida el amor y la alegría que de Él proceden serán más hermosos y más plenos que los vinos que podamos poner nosotros como entradas.

4.- María, como creyente, sabe estar donde tiene que estar y junto a quien la necesita. El *Magnificat* de su vida sale de sus labios y de su corazón en el momento de realizar el **servicio** a los necesitados. *‘Se puso en camino y fue aprisa a la montaña... y se quedó con Isabel’.* *‘Junto a la cruz de Jesús estaba su madre’.* ¡Qué pocas palabras y qué hermoso programa para el servicio de la caridad: ponerse en camino, ir aprisa, quedarse, estar junto a!

Estos apuntes breves nos pueden ayudar a repasar en clave mariana las coordenadas básicas del Objetivo de este Curso para la tarea pastoral: ¿Qué es ser creyente? ¿Qué es transmitir la fe? Para buscar lo AUTÉNTICO, para ser en verdad lo que somos, tendremos que preguntarnos si en nuestra vida personal, en el hermoso trabajo que realizamos en nuestra Parroquia o Comunidad, vamos reproduciendo esos rasgos de nuestra Madre. Sobre las huellas de la reflexión que había hecho el Concilio, el Siervo de Dios Juan Pablo II insistió fuertemente en cómo María precede a la Iglesia en el camino creyente: *‘La peregrinación de la fe indica la historia interior, es decir la historia de las almas... La bienaventurada Virgen María sigue «precediendo» al Pueblo de Dios. Su excepcional peregrinación de la fe representa un punto de referencia constante para la Iglesia, para los individuos y comunidades, para los pueblos y naciones, y, en cierto modo, para toda la humanidad (Redemptoris Mater, 6).*

UNA HERMOSA LUZ NOS AYUDA Y CONFORTA DESDE LA IGLESIA LATINOAMERICANA.

Cuando ya tenía todo prácticamente determinado, al menos como proyecto de comunicación a Ustedes, me puse a leer el Documento Conclusivo de la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida, Brasil, en la segunda quincena de Mayo. El Santo Padre Benedicto XVI presidió personalmente el inicio de sus trabajos y ha aprobado la publicación de sus conclusiones. A pesar de las diferencias de los entornos culturales, políticos y también eclesiales, que siempre es necesario tener en cuenta, es hermoso advertir una coincidencia en los objetivos básicos que nos preocupan y a los que queremos prestar singular atención.

Centramos la tarea pastoral en nuestra Diócesis en la tensión entre la vivencia y la transmisión de la fe. Y expresamos este Objetivo general en un lema:

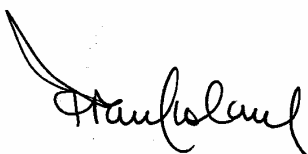
CREYENTES EN CRISTO PARA SER SUS TESTIGOS. El lema de la Asamblea Episcopal de Aparecida, lema que recorre y articula todos sus capítulos y párrafos, es muy cercano a nuestro objetivo: "DISCÍPULOS Y MISIONEROS DE JESUCRISTO PARA QUE NUESTROS PUEBLOS EN ÉL TENGAN VIDA" (Jn 14, 6). Creyentes y Testigos, Discípulos y Misioneros. Los mismos acentos y la misma intención fundamental. De esta coincidencia nos llega a mi juicio un aliento que nos conforta porque percibimos una concurrencia de caminos que no puede ser más que obra del Espíritu. Éste alienta a su Iglesia hoy como siempre, aquí como en todos los rincones de la tierra. Y la alienta con los mismos acentos y los mismos impulsos.

Merece la pena acercarse al Documento Conclusivo de Aparecida², como merece mucho la pena acercarse a las intervenciones singulares del Santo Padre en esta ocasión, especialmente la Homilía y el Discurso en la Sesión Inaugural de los trabajos.

Termino con palabras de este Discurso del Santo Padre. Están dirigidas a la Asamblea de Aparecida, pero pueden muy bien acogerse como arco de entrada para la puesta en marcha de nuestro Plan Diocesano de Pastoral:

*La Iglesia tiene la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del Pueblo de Dios, y recordar también a los fieles que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser **DISCÍPULOS Y MISIONEROS** de Jesucristo. Esto conlleva seguirlo, vivir en intimidad con él, imitar su ejemplo y dar testimonio. Todo bautizado recibe de Cristo, como los Apóstoles, el mandato de la misión: "Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará" (Mc 16, 15). Pues ser discípulos y misioneros de Jesucristo y buscar la vida "en él" supone estar profundamente enraizados en él.*

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo



Francisco, Obispo

² Deberíamos estar atentos para que la notable longitud del Documento y la cantidad de temas y objetivos que contempla no distraiga o disperse la atención de los grupos de agentes de pastoral de nuestras comunidades, a quienes animaremos con el Plan Diocesano de Pastoral.